

Theodor Kallifatides

**Lo pasado no es un sueño**

Traducción del griego moderno de Selma Ancira



«Tenía ocho años cuando mi abuelo me tomó de la mano y no la soltó hasta que encontramos a mis padres en Atenas. Quién sabe qué podría haber pasado si me hubiera quedado en el pueblo. Era 1946. Principios de la primavera de 1946. Los almendros florecían uno al lado del otro y el campo estaba en su esplendor».

Así empieza la novela más autobiográfica de Theodor Kallifatides y una de las más apreciadas por sus cientos de miles de lectores. Una semana antes de que Kallifatides huyera del pueblo, un grupo de fascistas con armas en la mano había obligado a toda la gente a reunirse en el cementerio. Allí se quedaron jóvenes y viejos aterrorizados mientras su infame capo los llamaba lentamente a uno tras otro para finalmente seleccionar a algunos hombres que se llevó con él. Sus cuerpos nunca fueron encontrados.

Con su característica sencillez y humanidad, Kallifatides nos narra su vida desde que abandona su pueblo natal hasta que retorna a él para recibir el homenaje de sus vecinos convertido ya en un escritor consagrado. Así descubrimos la infancia y la adolescencia en la Atenas gobernada por regímenes autoritarios, el nacimiento de la conciencia política y de clase, el descubrimiento de la sexualidad y el amor, el exilio a Suecia, la sorprendente capacidad para rehacer allí su vida laboral y formar una familia, y su trayectoria como escritor en la lengua de acogida, el sueco.

Kallifatides nos brinda otro libro magistral, para deleite de los que ya conocen su obra y de los que todavía tienen la suerte de poder descubrirla.

## 1

Tenía ocho años cuando mi abuelo me tomó de la mano y no la soltó hasta que encontramos a mis padres en Atenas. Quién sabe qué podría haber pasado si me hubiera quedado en el pueblo.

Era 1946. Principios de la primavera de 1946. Los almendros florecían uno al lado del otro y el campo estaba en su esplendor. Antes que todos los demás árboles, mientras el viento del norte aún siega como una hoz, «florece el enloquecido almendro», como dice la canción, y brotan delicadas florecitas blancas con un aroma dulce y sutil, que recuerda el sabor de la almendra.

Éramos expertos en cuestión de almendras. Las comíamos frescas, asadas, escaldadas, peladas, saladas, azucaradas. Lo único que no hacíamos con ellas era *suvlaki*. En junio de 1941 entraron los alemanes en el pueblo. Se apoderaron de todo lo que había comestible, y lo que no pudieron llevarse con ellos quedó para los que se dedicaban al mercado negro. Pasábamos hambre. Los terrenos se vendían por un saco de harina. Las muchachas se compraban por un litro de aceite. Las almas se extinguían de inanición como luciérnagas.

Nosotros, en el pueblo, teníamos almendras. Pasábamos hambre, pero nadie moría. Yo tenía tres años y mi abuela —profundamente religiosa— me había enseñado a terminar mi plegaria de la noche con un ruego especial a Diosito por el pan del día siguiente.

—¿Vino el pan? —le preguntaba por la mañana, apenas me despertaba.

—Este niño es como santo Tomás —decía mi abuela y yo no entendía.

Un día los alemanes perdieron la guerra y se fueron. En el vacío que dejaron, aparecieron de pronto, por un lado, organizaciones de ultraderecha, en algunos casos incluso de excolaboradores de los invasores decididos a acabar con todos aquellos que pudieran ser o volverse comunistas y, por el otro, organizaciones de izquierda, decididas a cobrar la sangre derramada.

La iglesia de San Jorge era el corazón del pueblo. En su patio celebrábamos la Navidad y la Pascua, las bodas y los bautizos. Pero en ese tiempo se había convertido en una era de la muerte. Ahí nos concentraban, primero los alemanes, luego los Batallones de Seguridad —en otras aldeas los de la izquierda—, elegían a unos cuantos, se los llevaban consigo y nadie los volvía a ver.

Un día entraban en el pueblo unos, otro día otros. Ya nadie dormía tranquilo.

El primero en irse fue mi padre. En el último momento. Llamaron a la puerta y él apenas tuvo tiempo de salir por el patio trasero. Me arrimé a mi madre tembloroso como una hoja de sauce. Le preguntaron dónde estaba su marido.

—Se acaba de ir a la escuela —les respondió.

Mi padre era maestro, la escuela era su orgullo, él mismo la había reformado.

—Nos estás contando cuentos, es igual, lo encontraremos —dijo su jefe furioso, y uno que era pariente lejano de mamá le dio un bofetón terrible que no olvidó jamás. No lloró. Sabía que esa bofetada le estaba salvando la vida, porque les satisfizo a todos y se fueron complacidos. Dos minutos después volvió a aparecer mi padre. No podía irse sin despedirse de sus hijos, dijo, y mi madre perdió los estribos.

—Vete antes de que te mate yo —lo amenazó.

Después, se fue yendo toda la familia, por separado. Primero mis dos hermanos mayores, luego mi madre. Me

quedé con mis abuelos. Me enteré de que mi hermano Stelios había sufrido algo horrible, pero no supe qué. Tenía miedo de los niños mayores cuyos padres eran monárquicos. A mí me llamaban «el rojillo».

Por lo demás, lo pasaba bien. Jugaba con las hijas de mi tío que eran menores que yo, encendía la pipa de mi abuelo con brasas, leía biografías de santos —no había libros infantiles—, iba a la escuela. A la maestra le caía bien. Podría haber seguido así, pero una tarde unos niños me pegaron y me desollaron la espalda con las espinas de un maguey de esos que llamamos «inmortales», el más común de los cactus. También para mí había llegado el momento de partir.

La mano de mi abuelo era grande y tibia y no lloré. Él, en cambio, se secaba los ojos que ya estaban tocados por las cataratas; las caras y las cosas, más que verlas, las recordaba. Puede que sus ojos estuvieran debilitados, pero su mano era fuerte y en una ocasión me soltó un sopapo que no era necesario, como tantas otras cosas en aquellos tiempos. Las guerras, por ejemplo. Una que acababa y otra que empezaba. Y así, mi abuelo me tomó de la mano y nos fuimos. Él no sabía lo que yo llevaba dentro, tampoco yo lo sabía; una gran parte de mi vida transcurriría en el intento de comprenderlo.

Tres días tomó el viaje hasta llegar a Atenas. Primero fuimos a Monemvasía, en la burra del abuelo. Algún conocido habría que se la llevara de nuevo al pueblo, aunque era bastante terca y no obedecía más que a mi hermano Stelios.

Nos vimos obligados a pasar la noche en Monemvasía porque el caique no estaba listo para zarpar. En la única taberna del lugar comimos salmonetes fritos y mi abuelo se fumó su pipa. Todos lo conocían a él y él los conocía a todos.

Lo pasamos bien. Dimos una vuelta por las callejuelas de la Fortaleza. Mi abuelo iba despacito y de tanto en tanto

suspiraba: «Ah, qué no habrá pasado esta gente». No era un hombre instruido, en realidad era casi analfabeto, pero las venturas y desventuras de la ciudad habían llegado y se habían quedado para siempre en el corazón de las personas a través de canciones y relatos. Como por ejemplo aquella del Caballero Francés que a mediados del siglo XIII cercó la ciudad durante tres años sin resultado. No quedaba nada comestible. «Algún que otro buen ratón, que también se fue al fogón», como dice la tonada. Pero los asediados no entregaron la llave de su única puerta. El Caballero, por otro lado, había jurado sobre su espada que no renunciaría hasta no haber conseguido su objetivo. En medio de la desesperación, los asediados y los asediadores firmaron finalmente un acuerdo de paz, y la ciudad continuó floreciendo, sobre todo cuando el vino local que aún hoy se llama Malvasía —así llamaban los francos a Monemvasía— se volvió conocidísimo, lo bebían en las cortes de los reyes y en los palacios imperiales y decían que con la misma receta se preparaba el néctar de los dioses.

Más tarde la ciudad cayó en manos de los musulmanes, que prohibieron la elaboración de vino. La técnica se olvidó hasta el día de hoy que se están descubriendo de nuevo las viejas recetas.

—Ah, qué no habrá pasado esta tierra —suspiraba el abuelo aspirando su pipa y yendo de una iglesia a la otra, porque pese a no ser religioso, se alegraba del trabajo bien hecho—. Qué habilidosos eran —decía de tanto en tanto. Todo alrededor olía a albahaca y a geranio. ¿Cómo iba yo a saber que jamás olvidaría ese olor?

El mar, inmenso, golpeaba las abruptas rocas con olas furiosas. Ése era el mar que debíamos atravesar para que yo pudiese volver a ver a mis padres. Sentí miedo, pero no sabía que mi abuelo sentía lo mismo.

A la mañana siguiente zarpamos rumbo al Pireo y la travesía fue todo menos directa. Cada dos por tres atracábamos en diversos puertos para cargar o para descargar. Nos

quedamos, finalmente, como únicos pasajeros. En Leonidio se embarcó una cabra que nos miraba altanera.

El primer día transcurrió en calma, pero ya para el atardecer comenzó a soplar el viento. Al cabo de unos cuantos minutos el caique empezó a dar tumbos, la cabra estaba encantada, pero el abuelo y yo vomitamos hasta que no teníamos ya nada más que echar y nos quedamos dormidos por espacio de una media hora. Luego, otra vez lo mismo, y el capitán nos aconsejó que bebiéramos agua, cuanto más mejor, para que «no se os sequen las tripas», nos dijo.

Así transcurrió mi primera noche en el mar, bebiendo agua y vomitando. Por la mañana atracamos en Poros. El abuelo y yo desembarcamos en la orilla con piernas temblorosas. El sol brillaba, la tormenta había dejado en el cielo unas cuantas nubecitas que, cuando las mirabas un buen rato, parecían un rebaño de ovejas pastando. El mundo había madrugado y se frotaba los ojos. Algunos hombres, sin rasurar, vestidos con unas gruesas camisetas de aquellas que con sólo verlas ya sientes comezón, estaban bebiendo café.

El abuelo tomó un té de rabo de gato con mucha miel y yo comí por primera vez en mi vida yogur, también con miel. Poco después, el abuelo encendió su pipa y el mundo regresó a su lugar. Volvieron los olores, el más fuerte era a limón, aunque yo no viera por ningún lado limoneros. El abuelo me explicó que al otro lado había un bosque de limoneros y que era tan grande que uno se extraviaba dentro. Desde entonces, cada vez que veo un bosque, quiero dar media vuelta. Siempre he tenido miedo de extraviarme.

Por suerte tenía al abuelo y no nos perdimos. Al día siguiente llegamos al Pireo, donde por primera vez vi un tren que a mí me causó una impresión enorme, pero el abuelo no le dio importancia. Él ya había visto trenes, en su tiempo de emigrante en América.

—No es Chicago —dijo, y yo pensé que Chicago era un tren más grande todavía.

Al llegar a Atenas, estuvimos dando vueltas a ciegas, mi mano siempre en la suya. La familia nos esperaba, pero en aquellos años uno no sabía cuándo llegaría a su destino. El abuelo llevaba una dirección en el bolsillo. Nada más.

Después de casi dos horas dimos con la calle, sólo nos faltaba encontrar el número 33. Las casas, bajas, tenían agujeros de balas en las paredes, el sol se estaba poniendo, de todos lados llegaban aromas de comida, había niños pequeños jugando en las aceras, en algún sitio tañía una campana, en el café los hombres estaban entregados al juego de tablas y a las cartas. No tenía sentido que viéramos si mi padre estaba ahí. Nunca iba a ningún café. Ésa era una de las cosas de las que yo podía estar seguro. Jamás al café, jamás el *kombolói*, jamás cansado.

Al abuelo, por el contrario, le gustaban los cafés. Con el pretexto de preguntar por mis padres, entró, ordenó un *ouzo* para él y un agua de guindas para mí.

El tabernero se parecía a mi abuelo. De estatura media, regordete, lento, sonriente, ligeramente patizambo. Podrían haber sido gemelos. Y por si eso fuera poco, también él había sido emigrante en América. Como veteranos de la emigración, se entendieron de inmediato, además ambos habían trabajado en los ferrocarriles, y los dos habían vivido en Chicago.

—¿Te acuerdas de qué frío era el aire que llegaba del lago?

Aquellos años fueron importantes, sus ojos vieron muchas cosas, ciudades, procederes, pero, a final de cuentas, mira dónde habían acabado: el uno de tabernero en un callejón ateniense y el otro de hojalatero en Epidauro Limera.

Comencé a temer que no saliéramos nunca de ahí, pero entonces se obró el milagro. De pronto vi a mi madre pasar por la calle. Llevaba puesto un ligero vestido de tela floreada que parecía atraer hacia sí toda la tenue luz de la tarde. Tenía treinta y dos años y parecía inmortal.

## 2

El número 33 tenía una puerta de hierro que chirrió en el momento en que la abrimos para entrar en el patio, donde nos estaba esperando una nueva vida. Ahí vivía la tía Jrisí con su marido y su suegra. Tenía dos hijos, un niño y una niña de la misma edad que yo, y nos presentaron como primos. En realidad, el parentesco era muy lejano. La primera mujer de mi padre —había muerto muy joven, con sólo veintidós años— era hermana de la tía Jrisí, que no dudó un instante en abrirnos su casa.

Debía ser una solución temporal, pero se prolongó cuatro años. La tía Jrisí era una mujer esbelta, de rasgos bellos y con un corazón más grande que su cuerpo. Era dulce, tranquila y dueña de una elegancia despreocupada que daba fe de que había conocido días mejores en su vida anterior en Constantinopla. La buena educación se le notaba; y también que había sufrido un daño irreparable. Había perdido su patria, como mi padre, después de la catástrofe de 1922. Conocía, además, el arte de «leer el café», algo que con el tiempo, a trancas y barrancas, también aprendió mi madre.

Su marido, el tío Thanasis, era alto, jovial, y hacía, como la mayoría de las personas en aquellos años, dos trabajos. Era bombero con uniforme y salario, y zapatero sin uniforme y sin salario. En el barrio no eran muchos los que encargaban zapatos nuevos, pero la mayoría cambiaba suelas. Además, era originario de Corfú, conocida por sus serenatas y su cárcel para los presos políticos. Sólo mi padre sabía que en esa isla había pasado los últimos años de su vida

Dionisios Solomós, extenuado tras tres derrames que le habían dañado el cerebro, ese cerebro que había escrito: «Siempre abiertos, siempre en vela los ojos de mi alma».

El tío Thanasis jamás hablaba de política. En cuanto llegaba de la estación de bomberos, se quitaba el uniforme y se ponía su delantal de zapatero. Por las tardes se iba al tendejón del señor Tsailás —en invierno se sentaba dentro, en la parte trasera de la tienda, en verano fuera, en la única mesita— y se bebía una retsina, unas veces acompañado, otras solo, con un sosiego azul en sus grandes ojos. Nadie lo vio nunca borracho o enojado. Siempre llegaba a casa con bromas y abrazaba delante de nosotros a su mujer que se avergonzaba ligeramente y lo llamaba al orden sin ofenderlo. Mi padre lo llamaba «desenfadado».

Era fácil quererlos, a la tía Jrisí y al tío Thanasis. De sus hijos —mis primos políticos— nos hicimos amigos muy pronto. Antonis era un tipo abstraído, no hablaba si antes no había sopesado el asunto por lo largo, lo ancho y lo profundo. Como consecuencia, nosotros, los demás, lo llamábamos «señor Idea», porque siempre tenía alguna idea nueva, pero le hacíamos caso tanto en cuestiones de fútbol como en las pequeñas querellas que había con otras barriadas. Antonis no era un cabecilla, pero tenía lo que necesita el cabecilla. En el barrio nunca fue el primero, siempre era el segundo, y eso le gustaba. Su hermana, Meri, había heredado el rostro sincero y la risa de su padre, y los ojos dulces de su madre, y se pasaba el día dando vueltas como un trompo. Yo estaba un poco enamorado de ella, pero nunca tuve oportunidad de decírselo.

Fortísima impresión me causó la alta, muy alta —así me parecía— madre del tío Thanasis. Rara vez decía algo, por lo general estaba en una silla, sentada muy recta como una emperatriz, siguiendo los hechos sin involucrarse. En contadas ocasiones se levantaba de su sitio, pero de tanto en tanto tenía que ir al baño, que era común, así que pobre del que tuviese prisa, porque ella no tenía ninguna. Papel

higiénico como tal, no había, así que se llevaba con ella algún periódico viejo y se quedaba horas enteras leyendo.

En el patio vivían otras dos familias. Una mujer sola con su hijo, el marido estaba exiliado en Makrónisos. De tanto en tanto llegaba un señor a visitarla. Juntos desaparecían en la penumbra de la única habitación, mientras el hijo se quedaba en la calle, de pie, mirándonos jugar a nosotros, los demás. Por alguna razón que ni él ni nosotros entendimos nunca, no le permitíamos participar en el juego.

También estaba la pareja dispareja, la mujer era mucho más joven que el hombre. No se relacionaban con nadie, pero cada domingo por la tarde se sentaban en el porche de su casa y ella le recortaba los pelos de la nariz con una tijerita. No me cansaba de verlos, parecía yo un figón. El hombre zureaba como paloma de puro placer; a veces le daba una nalgadita, ella le susurraba algo al oído, y acto seguido entraban apresuradamente en su habitación. Decían que ella había huido de su casa para complacerlo, a pesar de que ya tenía sus años, estaba gordo, los pelos de la barriga se asomaban por la camiseta de rejilla que usaba, tenía el cabello grasoso y la uña del dedo meñique más grande que el dedo en sí.

—Pero... ¿qué rascaré con esa uña? —se preguntaba mi madre.

—Nada —le informaba el tío Thanasis—. Sólo quiere mostrarnos que no tiene necesidad de trabajar.

Y en realidad nadie sabía a qué se dedicaba, por eso todos creían que estaba en las Fuerzas de Seguridad. A mí no me molestaba su uña, pero le tenía miedo a su mirada, era como si descubriera todos mis secretos y sentí un alivio inmenso cuando un día se mudaron y no los volvimos a ver.

Al cabo de poco tiempo, mi mundo creció. Conocí a los otros niños del barrio, a sus padres, a sus tíos y a sus tías, a sus abuelos y abuelas. Vivíamos unos encima de otros, no había casas para todos aquellos que, por miles, dejaban sus aldeas huyendo de la guerra civil. En Atenas encontra-

ban cierta seguridad y algunas posibilidades de hacerse con un trozo de pan. Todos éramos pobres, pero entre nosotros había quienes eran incluso más pobres. Por lo general, familias sin padre —barcos a la deriva—, decía mamá. Viudas con hijos que estaban completamente solas y otras que aunque tenían marido, éste había sido desterrado a algún islote yermo del Egeo.

Después estaban todas las aves sin alas. Es decir, los que habían sido seriamente heridos y tenían una sola piedad o un solo brazo o un solo ojo, o bien sin piernas, sin brazos, ciegos. La mayoría se dedicaban a la mendicidad y se peleaban entre sí de mala manera por los mejores puestos, fuera de la iglesia, por ejemplo, o frente al colmado. Vestidos de andrajos enseñaban sus muñones y al mismo tiempo, con voz monótona, murmuraban ruegos y deseos a los transeúntes.

—Dale, buen señor, algo al pobre y Dios con creces te recompensará.

Otros tenían letreros en los que contaban sus desgracias, que no eran pequeñas o pocas, eran por lo general verídicas. Las más conmovedoras trataban habitualmente de niños, como la del muchachito inválido cuyo padre mendigaba el billete para ir hasta la Virgen de Tinos, que tantos milagros había obrado: mudos que habían hablado, ciegos que habían vuelto a ver la luz, paralíticos que comenzaron a jugar de nuevo al fútbol y otros milagros y maravillas.

Rara vez teníamos algo que dar, pero en alguna ocasión lo hacíamos. ¡Qué sentimiento tan curioso el de ayudar a una persona! Tenía un sabor dulce, como una cucharada de miel, te llenaba la boca, te llegaba hasta el alma como si te hicieran cosquillas.

Los que más sufrían eran los niños huérfanos que vivían tan libres como los pajaritos, pero igualmente expuestos. Se juntaban en Atenas provenientes de todo el país y ofrecían cualquier servicio que pudieran, algunas veces incluso su cuerpo. Hacían de limpiabotas, vendían jabones y peines

que llevaban en cajitas, también cigarros, limpiaban en los burdeles, les hacían recados a las muchachas. Dormían donde podían. Debajo de una escalera, en casas abandonadas, en los parques. Eran niños y niñas, aunque costaba ver la diferencia. Sucios, vestidos con ropa ajena, descalzos, andaban siempre juntos, listos para salir corriendo todos al mismo tiempo como gorriones asustados.

No confiaban en nadie que no fueran los otros niños. Poco a poco nos hicimos amigos de los huérfanos que dormían en una casa en ruinas cerca de donde nosotros vivíamos. Jugábamos al fútbol. Nuestro equipo contra el suyo.

Aquellos partidos eran por lo menos curiosos. Para empezar, porque no había balón, sólo una pelota de trapo. Tampoco había campo. Jugábamos en un terreno con ortigas y las distancias variaban según la época del año, nunca se sabía con certeza si la pelota estaba dentro o fuera. Tampoco había porterías con arcos. Cuando era gol y cuando no, se decidía en función de la altura del portero, algo que llevaba a interminables discusiones hasta que finalmente se acataba la decisión de los mayores que estaban siguiendo el partido. Los mayores, por lo general, hacían de árbitro.

Mi hermano Stelios era una especie de entrenador del equipo del barrio y no entraba en esas discrepancias. Pero a nosotros nos martirizaba y nos criticaba a lo largo del juego. Sobre todo a mí. No es que fuera del todo un inepto, pero algunos huérfanos eran verdaderamente talentosos, sobre todo un delgaducho de cabeza grande al que llamábamos Mosquito. Todos decían que tendría un futuro brillante. Algunas veces, sin embargo, el futuro está muy cerca.

El Mosquito y su pandilla se ponían en la esquina de Gizi y la avenida Alexandra. El trabajo iba bien, siempre había alguien que se detenía para que le lustraran los zapatos. Los policías no pagaban. Al Mosquito le caían cariñosos pescozones en su cabeza grande y rasurada.

Ahí se ponían seis niños, uno al lado del otro, flacos e inquietos, en espera de los clientes. Desde las ocho de la mañana hasta ya tarde por la noche. Un día se le soltaron los frenos al autobús de línea en lo más alto de la bajada, el conductor no pudo hacer nada. Los seis niños quedaron estampados contra la pared. Sangre roja y materia gris sobre la acera. Seis vidas perdidas, un sol resplandeciente. Nunca más los huérfanos volvieron a formar una pandilla.

Poco a poco se fueron yendo todos. La mayoría entró en los centros de protección de la reina Federica y de ahí pasaron a las unidades del ejército.

Algo similar hizo la otra parte en la guerra civil. Reclutaban muchachos y los enviaban a los cuarteles de los países del Este.

Así, una cosa era segura. La mayor tragedia para un niño era perder a sus padres. Quizá fue entonces cuando tomé una decisión que influyó en mi vida más que cualquier otra. Jamás abandones a tus hijos. Ni estando muerto.

Teníamos otras tragedias en el barrio. Como la muchachita con discapacidad intelectual a la que, con la ignorancia despreocupada de aquella época, llamábamos «Mongola». Sus padres no la sacaban a la calle durante el día, sólo cuando ya había caído la noche la llevaban, con miles de precauciones, a dar una breve vuelta. Pero los mirábamos por detrás de las contraventanas, era como en el circo, cuando se hace oscuro, sale la fiera. Teníamos curiosidad. ¿Quién nos puede culpar? Por casualidad, una noche vi de cerca a aquella muchacha. Tenía dieciséis años, pero parecía de cuarenta. El cabello cano, la mirada perdida y vacía, hablaba sola con palabras ininteligibles y una voz monocorde que más parecía un balido.

Qué injusta era la vida. ¿Por qué a algunos los golpea de tan mala manera? ¿Por qué a ellos y no a mí?

La señora Lela, por el contrario, era la mujer más hermosa del barrio. Una bella morena de Mitilene, famosa ya desde la antigüedad por sus mujeres. Una vez a la semana da-

ba una función con su propio guion y puesta en escena. Se trataba de cuando colgaba en el patio la ropa recién lavada. Los chicos del barrio, de los ocho años en adelante, ya nos habíamos encaramado en la morera que crecía afuera de su casa y la esperábamos hablando en susurros, a pesar de que ella sabía que estábamos allí.

Salía llevando la ropa recién lavada en una cesta, la ponía en el suelo, y ahí venía nuestro primer shock. Se inclinaba para coger una prenda, el vestido se le levantaba un poquito y los chicos mayores perdían el aliento. El siguiente movimiento era todavía más atrevido. Sacudía la prenda, sus morenos pechos parecían salirse de la blusa, las gotas de agua resplandecían como soles pequeñitos, algunos le caían encima. Los chicos mayores suspiraban con un deseo que yo desconocía. El momento culminante era cuando la señora Lela colgaba la ropa de la cuerda con el cuerpo estirado, su delgado vestido se le pegaba encima y, en vez de cubrirla, la descubría. Entonces los chicos más grandes desaparecían apresuradamente con la mano derecha en el bolsillo. Yo no entendía por qué, no estaba todavía maduro, pero la belleza de la señora Lela nos afectaba a todos. Incluida ella misma, porque su marido la golpeaba y por las noches oíamos sus súplicas sin que pudiéramos hacer nada.

—Es muy celoso. Tiene celos hasta de su sombra —dijo mamá en una ocasión. Yo no lo entendía. ¿Cómo puede alguien tener celos de la sombra de alguien más? ¿Hasta qué punto se tiene que ser celoso?

Teníamos, además, a la joven viuda que noche tras noche salía de su barraca y llamaba a su único hijo. «Babi-i-is», gritaba y la oscuridad caía.

Había también alegrías, como las hogueras de San Juan o las cometas del Lunes de Cuaresma. Todo el barrio participaba, menos los padres de la niña con discapacidad. También se organizaban comidas comunes a las que cada uno llevaba lo que podía. Lo más sabroso, en todo caso, era lo de la tía Jrisí, que cocinaba guisos constantinopolita-